
UNA ESCALA DE TRES HORAS.

GRAN RUTA DE CHINA Á FRANCIA.

23 de Diciembre de 1883.

Las nueve de la noche en un café donde todo está abierto y donde hace mucho calor. Mesas no muy limpias, oliendo á anís y á aguardiente. Paredes de un blanco manchado, adornadas con cromos que representan á la reina Victoria y su familia. Dos muchachas rubias, dos *barmaids*, se multiplican con mil gracias alrededor de algunos señores curtidos, con americana blanca, que hablan diversas lenguas de Europa. — Hace mucho calor, pero mucho; alrededor de las lámparas de petróleo, colgadas en el techo, zumban mosquitos y falenas. Un camarero inglés da vueltas á la manivela de un piano mecánico, de donde sale una

música conocida de zarzuela, y parece como que desafina á causa de un rumor más extraño que viene de fuera.

Por la portada, abierta de par en par, se ven dos ó tres kilómetros de calle recta, con una multitud de carruajes, millares de faroles, un torrente que corre.

Parece un boulevard parisién en una noche de verano. Se mira y asombra ver pasar gente en traje de máscara, oliendo á opio y almizcle, y luego muchas espaldas desnudas, de piel amarilla, y con coletas colgantes..... De cerca todo aquello que parecía Europa, no es más que un extraño é inmundó hormiguero chino..... Las tres cuartas partes de aquellos rápidos carruajes están enganchados por hombres carreristas á guisa de caballos: los que tiran son chinos de cabeza afeitada, desnudos, con la coleta formando rodete y el sombrero parecido á una pantalla; los que van en los coches, chinos también con la coleta suelta, abanicándose. Chinas las tiendas; chinos los faroles pintados; chinas las voces, los clamores, las disputas. Todo aquello es chino, servicial, rapaz, siniestro y obsceno; incienso que arde y estiércol; y el almizcle domi-

nándolo todo de una manera irritante, que descorazona, insostenible.....

Aquella ciudad es Singapoore. Entre la multitud pasan indios bellos como dioses, malabares, malayos, parsis, ingleses con casco de corcho, marineros de todas las marinas, y señoras galantes exportadas por el Japón; pero en medio de aquel hormiguero chino están como perdidos y ahogados.....

Á lo largo de la calle Mayor, que es la central, los templos de todo aquel mundo se levantan bajo aquel cielo eternamente pesado; pagodas indias de figuras misteriosas; pagodas de la China con dibujos diabólicos, horribles; mezquitas musulmanas; iglesias de Cristo, protestantes ó romanas..... Todas, unas al lado de otras, en una fraternidad alarmante, que los agentes de policía ingleses están encargados de mantener.

Las diez de la noche.—Un cafetín cantante. Es de madera, pero tiene proporciones monumentales, con una columnata severa imitando de un modo irrisorio un templo griego. Una orquesta de mujeres húngaras ejecuta ruidosamente un vals de

Strauss. Después una bordelesa viene á decir en la plataforma una canción popular. Y unos cuantos indios, que se dedican á la venta de aves, circulan entre las mesas de bebedores de pale-ale, ofreciendo bengalís, asombrosos loros y cotorras multicolores que parecen pintadas.

Doscientos metros más allá, un jardinillo y unas *misses* inglesas que se pasean sobre un verde césped segado á la inglesa. En medio, una grande iglesia con negro campanario de estilo sajón. Pero en el aire hay algo pesado que fatiga y bandos de aves.....

Las once de la noche.—Á dos pasos, carruajes y muchedumbre; el gran patio que rodea la pagoda india está vacío y silencioso. Hace luna, una de esas lunas del Ecuador que se parecen á un mediodía de color de rosa. La pagoda dibuja bajo aquella luz un raro matiz, sus múltiples cúpulas formadas por filas y pirámides de dioses, con sus grandes sombras azuladas, y parece ligera como una cosa encantada que puede desaparecer; parece impregnada de esencias sobrenaturales, y alrededor reina una tranquilidad religiosa. Se siente uno

allí muy alejado de toda aquella China abyecta que hormiguea fuera. Por las puertas del santuario, que están abiertas, se ven lámparas colgantes que están ardiendo. En el fondo aparecen dioses de grandes y malélicas cabezas, rodeados de signos desconocidos; hay delante de ellos flores tiradas y sin tallos que esparcen un perfume de jazmín y tuberosa.

Tres ó cuatro indios están allí velando, jóvenes apenas vestidos con un paño corto, con cabelleras de mujer que les llegan hasta más abajo de los hombros; tienen una expresión salvaje, y lo blanco de sus ojos parece esmalte. Su cara es hermosa y sus mejillas imberbes; mas sobre su pecho redondo crece una chocante pelambreira negra: su conjunto asombra y repugna; parece que tienen algo de la mujer, del mono y de la fiera.

A pesar de hallarse tan cerca del dios, hablan y se ríen muy libremente, como gente familiarizada.

Uno de ellos coge un brazado de flores de jazmín atadas formando guirnaldas, y atraviesa el patio á la luz de la luna de color de rosa. Y se va

hasta una capilla donde está relegado un ídolo que parece más antiguo. Es un dios de seis brazos, con peinado alto y ojos de cristal, con la expresión siniestra y feroz, la actitud viva, contorneada, atormentada: está allí solo, sin más que una lamparita encendida por deferencia delante de él.

Y el efebo coloca á sus pies, en una bandeja que está en el suelo, sus flores de jazmín, sin mirarle siquiera, como si llevase el alimento á una fiera.....

Las doce de la noche.— Las últimas luces de Singapoore y sus últimas casas han desaparecido tras un repliegue del suelo; estamos en pleno campo, en pleno verde. En las puertas mismas de la ciudad comienza la vegetación poderosa, inextricable, que cubre toda aquella península malaya.

¡Qué noche tan hermosísima hace! Árboles parecidos á nuestros robles, á nuestros álamos, á nuestras magnolias, pero en proporciones mucho mayores; y luego cubiertos de grandes flores olorosas.

Y helechos y palmeras. Palmeras que afectan todas las formas, y luciendo bajo la luna como follajes de metal; primero, los cocoteros de inmensas palmas majestuosas; luego, los arekieros con

ramilletes inmensos de plumas rizadas, á extremas alturas, al fin de largos tallos delicados, finos y derechos como los juncos de las lagunas. Y los más extraños de todos, los *árboles del viajero*, con grandes hojas muy simétricamente desplegadas sobre un solo plano, como la cola de un pavo cuando hace el abanico, semejantes á gigantescas pantallas de China plantadas en los bosques. Y toda aquella hojarasca tan verde, que aun á media noche, bajo aquella luz sonrosada de la luna, es, sin embargo, de un verde maravilloso.

El camino estaba muy solitario. Pero he aquí, al fin de la bóveda de ramas, los faroles de varios carruajes que se acercan á todo correr, pero sin ruido de caballos.

Pasan; son muy pequeños; en cada uno va un marinero inglés vestido de blanco y tirando un chino, desnudo, jadeante de cansancio.

Sin duda celebran una justa aquellos marineros; están celebrando una apuesta sobre cuál de ellos llega antes; muy correctos y muy graves, excitan á sus carreristas de alquiler con gritos, palabras y palmadas.

Cuando pasan y desaparecen, todo cae de nuevo en la tranquilidad misteriosa de la media noche. Se ve turbio, como al través de una niebla verde, bajo aquellas bóvedas de árboles que tamizan la luz dulce; pero de cuando en cuando aparecen claros rayos de luna que descienden de lo alto, por agujeros que iluminan recortes de helechos ó grandes palmas admirables, inmóviles como en el jardín de una comedia de magia.

¡Oh! ¡aquel silencio, aquel esplendor, aquella música ligera de cigarras, aquellos olores de tierra, de aromas y de flores!

Y siempre el olor irritante del almizcle dominándolo todo, hasta en pleno bosque. Todo está almizclado en aquel país malayo; incluso unos animales nocturnos parecidos á ratones que á cada minuto atraviesan el camino muy de prisa, haciendo «¡cuic, cuic!» con vocecillas alegres de pájaros, y dejan en el aire pesado el rastro almizclado de su olor.....

MAHÉ DE LAS INDIAS.

I.

Viernes 1.º de Enero de 1884.

Un pequeño país tranquilo bajo una bóveda de palmeras.

La bóveda no se acaba nunca; está tendida como un toldo sin fin sobre las personas y las cosas. Las palmas gigantes dejan apenas algunos agujeros por donde ver el cielo y por donde bajen los rayos; se enredan, se aplastan, unas desplegándose como admirables plumas de amazona, otras arregladas en ramilletes floridos como penachos, ó bien inclinadas desmayándose. Y esta bóveda que llega hasta muy arriba se encuentra, sin embargo, soportada ligeramente por largos tallos finos que tienen flexibilidades de cañas; debajo se circula en